

# ESCLEROSIS

*Julián Del Blanco Pérez*





## ESCLEROSIS

© 2007. Julián Del Blanco Pérez

© 2007. Eolo Dreams, S.L.U.

Publica y edita:

Eolo Dreams. S.L.U.

Río Seta, 1.

50196 La Muela (España)

[www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)

e-mail: [eolo@casaeolo.com](mailto:eolo@casaeolo.com)

Reservados todos los derechos.

Se autoriza la difusión y reproducción de esta obra, siempre que se respete íntegramente su contenido y se citen expresamente el autor, la editorial y la fuente donde se puede descargar ([www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)).

## ESCLEROSIS

Medio año de especialista en especialista. Análisis de sangre, estudios de huesos, medicina interna... No determinan la causa de las dificultades. Un engorro: pedir citas, acudir a la realización de los estudios correspondientes, recoger los resultados y vuelta al médico de cabecera para que te enviara de nuevo a otro facultativo. Pero lo más duro era seguir con los problemas sin que, al parecer, nadie pudiera hacer nada por aclarar, al menos, la causa de las dificultades.

Ahora la prueba sería más larga de lo habitual. El neurólogo había indicado que no iba a sentir ningún dolor, sólo ruidos. Tenía que ser escaneada la espina dorsal en su parte cervical, dorsal y lumbar, además del cerebro. Una hora y media aproximadamente. Lo que no había mencionado es que le meterían en una especie de tubo. Casi se echa atrás nada más ver la máquina. La primera asociación que le vino a la cabeza fue: "me van a introducir en una tumba". La sensación de claustrofobia empezó a aturdirlo. El doctor encargado del examen fue claro y contundente:

—Si no desea hacer la prueba, está a tiempo. Aquí no obligamos a nadie. Eso sí, el neurólogo que le envió, no podrá saber con exactitud cuál es el problema que tiene usted.

El argumento fue inapelable. Con ciertas reservas dejó accionar al doctor. La tablilla móvil sobre la que descansaba llegó al tope final dentro del tubo. El analista fue al lado del ordenador situado al fondo, en habitación separada por un cristal grande:

—Con ese espejo que tiene ante sí me verá continuamente —tranquilizó el galeno desde un altavoz invisible dentro del conducto—. Si desea alguna aclaración, no tiene más que preguntar. Lo mismo que me escucha usted a mí, puedo yo oír lo que usted diga. ¡Ah! Antes de empezar. Colóquese, si lo desea, los taponos que le entregó la enfermera. Aliviarán sus oídos. Intente no moverse mientras dure la prueba.

Alex agradeció las atenciones de aquel médico. Porque saber que estaban todo el tiempo pendiente de él y que no se encontraba solo ante lo desconocido, aliviaba en parte aquella tensión. Si no llega a ser por la amabilidad y el desvelo demostrados por los encargados de la investigación, se hubiera ido a su casa sin realizar prueba alguna.

El crepitar de una batería de concierto rock con distintos ritmos, tiempos y movimientos. Eso es lo que parecía aquello a pesar de los taponos. Tenía razón el neurólogo: nada más que ruidos. Cuando acababa cada parte de la prueba, accionaban la tabla, le sacaban de allí, le tranquilizaban, preparaban la siguiente acción y le explicaban en qué consistía y la duración. En realidad, sólo era cuestión de acostumbrarse. Y de paciencia.

Por fin acabó el concierto. Le sacaron del "tubo" y se vistió y se fue a su casa diciéndose que tampoco había sido para tanto. Unos días más, iría a por los resultados y después, el día que le asignaron, con ellos de vuelta al neurólogo.

Don Eduardo miró todas las placas a través de la luz fluorescente emitida por un dispositivo fijo en una pared. Las recogió todas, las alineó y las introdujo en la bolsa de plástico. Arrugó el entrecejo y asintió.

—Tengo que hacer otras dos comprobaciones. Aunque estoy casi seguro de lo que tienes, quiero convencerme del todo.

Vuelta a empezar —se dijo Alex—. Pensó que podrían pasarse otros seis meses y bajó la cabeza resignado.

La prueba de evocados auditivos y visuales no fue tan espectacular como la resonancia magnética. Y la punción realizada en la espina dorsal tampoco le resultó muy dolorosa. ¿Cuántas pruebas le quedaban aún por hacer?

Cuando dispuso de los resultados los llevó. Después de que el neurólogo observara los documentos, Alex vio un movimiento no habitual en el médico. El galeno meneó la cabeza con determinación. A la vez, arrugó el gesto y miró a su paciente a los ojos. Vio en Alex la determinación y entereza de quien no se anda con medias tintas. La verdad ante todo, con toda su crudeza si era necesario.

—Esclerosis Múltiple— espetó don Eduardo sin contemplaciones.

— ¡ESCLE... ¿qué?!

El doctor se quedó en silencio un instante para que Alex se calmara. Al ver que la expresión de desconcierto del joven seguía, miró sus notas, juntó las manos y se dispuso a ser más explícito:

—Esclerosis Múltiple. Es una perturbación degenerativa causada en el sistema nervioso central. En tu caso y, de momento, sólo afecta al cerebro. La espina dorsal está intacta.

Le entregó las resonancias magnéticas y continuó:

— ¿Ves esos puntos blancos diseminados en la masa encefálica? Son los daños causados en tus neuronas. La membrana que recubre las células, la mielina, ha desaparecido. De esa manera los impulsos nerviosos que van desde tu cerebro a los músculos circulan con dificultad. Con lo cual las órdenes emanadas desde el centro de decisiones se quedan por el camino sin ser realizadas en parte o totalmente, dependiendo del grado con que afecte la enfermedad. Tus problemas de equilibrio, la cojera, el hecho ocasional de no poder andar, la impotencia, la fatiga... todo deriva de ahí.

La expresión de Alex se fue nublando como un día esplendoroso malogrado por los velos de algodón surgidos de detrás de la montaña. Pero también afloró en el fondo de sus ojos un pequeño brillo, una esperanza que luchaba por emerger de las aguas turbulentas:

— ¿Me podrá operar, doctor? ¿O restablecerme con los medicamentos adecuados...?

Don Eduardo se mantuvo impasible un momento. Abrió las manos como disculpándose por lo iba a decir:

—No hay manera de curar lo que tienes, Alex. La Ciencia va poco a poco y todavía no comprende ciertas... materias. No ha descubierto nada, o muy poco, de algunas enfermedades del cerebro. Entre ellas, la Esclerosis Múltiple.

—Pero doctor, ¿qué voy a hacer, cómo me las voy a apañar con mi futuro... mi novia... mi vida...?

El médico comprendía al paciente. Otras veces ya se había enfrentado con el mismo asunto. Pero él no era un psicólogo o un psiquiatra. De modo que trató de encauzar al enfermo. Algunos antiguos pacientes regresaron más tarde dándole las gracias por la recomendación.

—Hay una asociación local para afectados por la enfermedad. Allí te podrán orientar mejor que yo. Además, el contacto con otras personas que padecen el

mismo problema... creo que te hará bien. No es ninguna solución pero al menos...

Las relaciones con Olivia, su novia, ya habían empezado a enfriarse. Intentaría exponer a Olivia el asunto. Además de las explicaciones del médico, rebuscó en diccionarios y enciclopedias toda la información que mostraban al respecto. Olivia quedó impasible ante las palabras de Alex. Como si ya hubiera tomado una decisión y no significaran nada. Se diría que el distanciamiento que comenzó de forma imperceptible, y aumentó poco a poco después del último intento fallido de hacer el amor, ya no tenía vuelta atrás. Incluso, en un desesperado intento de restablecer una relación que suponía mucho para él, un día, casi a la fuerza, la llevó con él a la consulta del especialista esperando que entendiera de labios del médico lo que no había sabido explicar él. Todo fue en vano.

Necesitaba tener alguien a su lado en aquellos momentos dolorosos, pero se encontró solo con su desdicha.

Durante días rumió su pesadilla. Iba del trabajo a casa y de casa al trabajo. Los compañeros le preguntaban por su estado. No podían comprender sus eventuales cojeras y, sobre todo, aquel cambio tan drástico en el carácter del que siempre se había mostrado risueño y simpático. Alex empezaba a naufragar. No sentía la presencia de los demás en su vida. El abandono y la soledad pesaban mucho para sus escasas fuerzas ¿Qué sentido tenía ahora su vida...? Se acordó de las palabras de don Eduardo de repente. ¿Qué podía perder? Al fin y al cabo, ¿no estaba más solo que la una?

Una tarde se acercó a la Asociación local. Le abrió la puerta una mujer joven en silla de ruedas. Pensó que al menos él podía caminar aunque fuese con dificultad. Pero aquella chica no exteriorizaba amargura o desdicha. Al contrario, irradiaba cordialidad y alegría. Sus ojos transmitían vida. Le dio la mano y le invitó a pasar sin mediar palabra alguna. Había otras personas sentadas en actitud dialogante. Aquel recibidor amplio era una especie de salón de charla.

—Ven. Te voy a enseñar todo el centro.

Le llevó a una sala más grande. Un gimnasio con variedad de aparatos. Estaba lleno de personas con dificultades. Todos hacían unos ejercicios dirigidos por un joven envuelto en una bata blanca. Salieron y pasaron a otra dependencia. Una logopeda enseñaba a pronunciar a una mujer madura con problemas de dicción. Pasaron delante de una puerta cerrada con el cartel de Psicólogo y volvieron al punto de partida.. La joven señaló una puerta a la derecha de la salida.

— Como puedes ver estamos bien equipados y atendidos. Y éste es el despacho de dirección y administración. Lo llevamos todo nosotros, excepto las funciones administrativas que las realiza una titulada con contrato. —Se encogió de hombros como si no supiera cómo continuar—. Si deseas apuntarte, tienes que entrar ahí y rellenar unos papeles. En cualquier caso puedes venir y charlar con nosotros lo que te apetezca cuando te sientas mal o con ganas de comunicar algo. Estamos de lunes a viernes de diez de la mañana a ocho de la tarde.

Alex se quedó desconcertado. No había dicho nada de padecer o no aquella dichosa enfermedad y la chica le había tratado como si ya supiera su dolencia.

—Pero... ¿Cómo sabes...?

La mujer sonrió. Abrió las manos y gesticuló como dando a entender que no era mérito suyo:

—Todos hemos pasado por eso. El inicio es duro... No sé, pero llevamos escrito en la cara y en nuestra forma de movernos las señas inequívocas de la enfermedad. Puedes disimular ante un profano. No ante quienes llevamos unos años padeciendo los efectos.

Alex no supo qué contestar. Sonrió. Dio la mano, con educación, a aquella joven con la intención de no pisar más por aquel lugar. Era deprimente. Unos en silla de ruedas, otros con andadores, otros que no hablaban, parecía que ladraban... ¿Cómo iba él a convivir con todo aquello? ¿No era síntoma de...? ¿Iba a estar así dentro de un mes, un año...?

Regresó a su apartamento. Pero allí se le vinieron las paredes encima. Notaba cómo el vacío físico entraba en su espíritu y lo inundaba. Se le estaba encogiendo el mundo. No le podía estar pasando aquello a él. Debía de ser un sueño. Se sintió mal. Tenía unas ganas enormes de llorar pero no le acudían las lágrimas, sólo rabia e impotencia. Lo peor de todo era la soledad ¿A quién podía acudir? Olivia ya le había rechazado. Le daba miedo comunicárselo a los compañeros de trabajo por si sucedía lo mismo que con su novia. Sus padres estaban viviendo un mal momento, no era cuestión de agravar la crisis. Sólo... ¿La joven de la silla de ruedas? Le había dicho que acudiera cuando se sintiera mal. Y ahora era el momento. Decidió volver al día siguiente después del trabajo.

Llamó a la puerta y se encontró con la misma sonrisa del día anterior. Esto le tranquilizó. Por lo menos era bienvenido. Y, ahora que miraba más detenidamente, también observó que tenía un rostro agradable. Le hizo sentar en un sillón apartado de las otras conversaciones y se puso a su lado.

— ¿Cómo te encuentras?

Alex tuvo la sensación de que se estaba burlando de él. Creía que sabía exactamente cómo se encontraba. Juntó las manos sobre las rodillas y miró al suelo. No tenía fuerzas para contestar. La joven asintió e hizo una mueca de comprensión asintiendo con la cabeza:

—Ya sé que es difícil asumir la enfermedad. Mira, me gusta ver la vida como si fuese una especie de lotería. Va repartiendo al azar: a uno le da un físico envidiable, a otro un defecto notorio y humillante, a otro una inteligencia arrolladora, a otro un cáncer mortal, a otro... Esclerosis Múltiple. Nos sería mucho más grato que nuestro número tuviera premio y todo fuese de color de rosa. Pero eso sería una novela de ficción, no la realidad. Hay que tener los pies en el suelo y ver con objetividad nuestra verdad. Creo que el truco de la felicidad está en saber aceptar lo que el azar, destino, voluntad Divina, o como quieras llamarlo, nos tiene designado... No sólo eso. Incluso yo iría más lejos. Tenemos que aprender a amar la enfermedad como una compañera inseparable de viaje. Es parte de nosotros mismos. ¿Qué sentido tiene negarla y apartarla de nuestro camino cuando es nuestra verdad?

Alex, sorprendido levantó la mirada hacia aquella chica. ¿Lo estaba diciendo en serio o era algo aprendido en los libros de autoayuda? Los ojos de la muchacha le miraban con serenidad. Le transmitían seguridad en lo afirmado. Le hicieron ver que no era una lección aprendida en ningún manual. Era la propia experiencia del día a día conviviendo con una dificultad que deja de

serlo en su mayor parte por el simple hecho de aceptarla. Un brillo alumbró el fondo oscuro de los ojos de Alex ¿No estaría en lo cierto aquella chica? Sin embargo había algo que no le cuadraba. Parecía demasiado joven para haber alcanzado aquel grado de madurez y aceptación.

—Pero, —pregunto Alex— ¿Cuántos años llevas así...?

— ¿En silla de ruedas? Bueno, me diagnosticaron la enfermedad a los dieciocho años. Dos después ya no me podía desplazar por mis propios medios y tuve que recurrir a este medio de locomoción —dijo señalando la silla mecánica—. Llevo así ocho años... y espero seguir muchos más. No sé si esto contesta tu pregunta.

Alex asintió con admiración. Eso era lo que deseaba él también. Tener aquella conformidad. Repartir alegría interior a su alrededor a pesar de las adversas circunstancias. Al fin y al cabo, ¿qué importaba que una persona tuviera ésta o aquélla dificultad? Lo importante era...

—Y, ¿siempre estás así de contenta? —Siguó Alex mostrando ahora auténtico interés—. Quiero decir, que a pesar del problema... ¿Qué es lo que te impulsa a seguir con ese júbilo que parece invadir tu vida?

La muchacha miró sus manos y después alzó la vista hacia su visitante. Esbozó una vez más aquella contagiosa sonrisa y continuó:

—No te lo vas a creer. Tú eres la razón.

— ¿Yo? —Saltó Alex incrédulo—.

— Tú y los que van llamando a esa puerta deseando que alguien les dé un atisbo de esperanza. Tú y todos los que aquí nos encontramos estancados, cuando no en franco retroceso físico ante el avance de la enfermedad. ¡Ah! No te creas. Las crisis nos afectan a todos en alguna ocasión.

— ¿Y quién te anima cuando eres tú la que tiene una crisis?

—Bueno, aún no nos conoces a todos. Hay mucha más gente de la pudieras creer, capaz de levantar la moral a cualquiera. ¿Sabes quiénes son los primeros en acercarse cuando observan que algo no va bien? Pues aquellos que un día se sentían morir por dentro y llamaron a la puerta solicitando ayuda. Aquí no se sabe si es más importante dar o recibir. Porque un día das y al siguiente te sientes vacía, con ganas de tirarlo todo por la borda y eres tú quien empiezas a recibir mensajes positivos por todas partes.

Alex sonrió por primera vez en el último mes. Aquella chica... Bueno se imaginaba que todos los que allí asistían gozarían de la misma vitalidad a pesar de las apariencias y eso es de lo que él estaba más necesitado, de recuperar la fortaleza perdida.

—Creo que ya me has dicho bastante—cortó satisfecho Alex— y no quisiera cansarte demasiado el primer día. Tendremos oportunidad de seguir hablando largo y tendido más adelante, espero. Por cierto, yo soy Alex, y ¿tú?

—Cecilia.

Hizo un gesto con el índice señalando la puerta de administración, después miró inquisitivamente a Cecilia.

Ella hizo un gesto de afirmación acompañado de su famosa sonrisa.

—Bienvenido, Alex.

*En Casa Eolo encontrarás publicaciones disponibles para personalizar a medida.*

*Un libro es:*

- *Un regalo elegante*
- *Un compañero ideal*
- *Un amigo*



*Habla por medio de tus libros  
Un libro dice mucho del que lo regala*

*En definitiva: Un libro es el **regalo ideal***

## **CASA EOLO**

- *Personaliza tus libros o comics a medida.  
Disponemos de un catálogo propio.*
- *¿Tienes inquietudes literarias y te resulta imposible publicar?  
Nosotros lo hacemos contigo.*
- *Catálogo de publicaciones. Librería on-line.*
- *Bazar del libro. Compra-venta de segunda mano. Te ayudamos a encontrar lo que buscas.*

**[www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)**